Últimos días

BIBLIOTECA JOSÉ KOZER

Últimos días

ROBERTO BRODSKY

RIALTA EDICIONES

D. R. © Roberto Brodsky, 2017

Primera edición: 2017

Diseño de cubierta: Agencia Felicidad

Publicado bajo el sello RIALTA EDICIONES
Santiago de Querétaro
www.rialta-ed.com

ISBN: 978-607-97438-1-9

Reservados todos los derechos de esta edición para
© Carlos Aníbal Alonso Castilla (RIALTA EDICIONES)
Blvd. Hacienda La Gloria #1700, Hacienda La Gloria, 76177,
Santiago de Querétaro, México

Prólogo

De una manera que me resulta difícil explicar, estos *Últimos días* son también los primeros. No quisiera argumentar a favor o en contra. Mi esperanza es que el lector responda a esta paradoja una vez que concluya la lectura de la novela. He revisado el texto dejando intactas sus imperfecciones; no porque crea en ellas sino todo lo contrario: mejorar un texto ya nacido y publicado previamente es creer en las esencias o en la divinidad gramática, lo que equivale a cargar sobre el autor un error todavía más grueso del que se busca corregir. Por lo demás, es a través del error que un texto respira su verdad. De modo que sólo he intercedido en algunos detalles menores, además de abreviar el título original, *Últimos días de la historia*. Como se ve, no lo he cambiado sino solo recortado sobre sí mismo el título a *Últimos días* para abrirlo a su vez, en parte como agradecimiento a mis editores y homenaje a la Colección José Kozer por el interés demostrado, y en parte como saludo a la modestia conquistada desde la primera edición de 2001, cuando la inseguridad me obligaba a buscar títulos extensos en la ocurrencia de hacerlos más notorios.

Los días que cuenta esta novela son los mismos con un nuevo nombre, o casi, y la misma historia acaba con ellos. Entonces fui impensadamente feliz porque libre, y la certeza de que los días

relatados por esta novela fueron trágicos para el resto y reveladores para el personaje que los narra, me convencieron en su momento que debía escribirla. Al fin y al cabo, escribir es una anomalía, algo que se desplaza contra la corriente mientras dura su impulso, y esta novela hace suya dicha condición. Este relato es, entonces, también mi historia o parte de ella, los últimos días de lo que fui y, siendo así, de lo que nunca dejaré de ser, ya que haber sabido vivir y morir con él ha contribuido a su misteriosa juventud. Es lo que creo sin falsa mitología. Por más que intente o ensaye fórmulas de éxito, ahí seguirá el epígrafe de Benet que acompaña el texto y hace el remedo de su canto.

Hace un rato, solo y en la noche muy lejana del barrio de Palisades donde vivo, regresé por una vía impensada a esos últimos días de los que probablemente nunca salí. Volví a verme a los quince años en el piso más alto de la torre de la Escuela de Ingeniería, casi un niño atisbando a los soldados que avanzaban parapetados entre los árboles del parque, incapaz de despegar los talones cuando vimos el bombardeo venir y el cielo se interpuso, los ojos de ella, la frente despejada, el miedo, el vértigo, la guerra, el asombroso erotismo del fin, y unas manchas de ceniza cruzando su expresión abismada ante el edificio en llamas mientras la escena se desvanece en un arrebato vertical. Fui ese tiempo, me digo, ahora que confío en mi escritura y no necesito más de los títulos extensos para seguir adelante. Fui ese tiempo y esa escena digna de plegaria. Abrazado a ella escribí esta historia, su anacronía y su redención, trasvestida en un cyborg-sexual que gasta sus noches narrando siempre la misma caída que nos abre a la extrañeza del mundo.

Quizá el destino de toda corrección, de todo desplazamiento, no sea otro que el de fijar de mejor forma lo que ya es pasado, irremediablemente pasado. Se me ocurre pensar esto cuando hoy en mi país hay gente bienintencionada y de moral intachable que desearía con toda su buena voluntad cambiar la historia, liberarnos a todos

de su peso y circunstancia. Olvidan que esa historia es lo único serio que nos va quedando. O lo que le va quedando a cada uno de nosotros en su cielo particular. Mencioné que fui feliz porque fui libre en esa historia, por desgraciada que fuera. Tal como se relata en esta novela, ya no me queda de la derrota sino su lección, su *performance*. Es más, no quisiera que la historia cambiara, como tampoco quisiera darme a la corrección de los eventuales errores del texto en busca de no sé qué esencia verbal o poética, moral o narrativa; ni mucho menos que otros vengan a imponer el cambio de la historia por todo lo ha que dejado de darnos. Antes que tamaña calamidad ocurra yo prefiero eliminarla, hacer el corte de una vez. Este procedimiento es mucho más sencillo y menos doloroso que construirse una nueva historia de reemplazo. Sí, prefiero dejar fuera la historia como lo que es: una superstición de autor, y quedarme en cambio con la escritura de los minutos contados, las horas de espera, los suspensos del deseo. Mis últimos días.

Roberto Brodsky

A Pablo y Ricardo, mis hermanos

[...] sin duda amanece; un día en que (los nombres que la muerte hizo sonoros repitiéndose entre los árboles, las ramas húmedas y las tardes doradas) emerge el pasado en un momento de incertidumbre para exorcizar el tiempo maligno y sórdido y volver a traer la serenidad, ridiculizando y desbaratando la frágil y, estéril, quimérica e insatisfecha condición de un presente torturado y andarín, eternamente absorto en el vuelo de una mosca en torno a una tulipa verde.

Juan Benet, *Nunca llegarás a nada*

1.

Mierda-mierda, digo, aquí voy. Estoy solo detrás de un biombo y, a pesar de que nunca nadie conteste mi saludo, igual pronuncio la palabra mágica cuando la sala se va a negro y una fracción de incertidumbre total se cuela en el *blackout* que antecede al comienzo de la representación. Mierda-mierda, me respondo yo mismo, así bajito como si incluyera a otro en la comedia, imaginariamente, mientras respiro profundo y me doy cuenta de que no hay otro sino yo acoplado al rito de decirse adiós, tranquilo y que nos vaya bien, mierda-mierda amigo mío, mientras me pregunto qué hago aquí cuando siempre he detestado la actuación.

Alguien que se pedaba mucho entre bambalinas debió inventar la fórmula, el modo de conjurar a tiempo un presunto flujo traidor. Lo que es yo, me quedo quieto en una especie de limbo tragicómico, un borde que se desprende poco a poco sobre el murmullo que me envuelve hasta que el *dimmer* sube lo suficiente y todo alrededor desaparece y comienza a caer. Entonces asomo la punta del aparato por un costado, como un anzuelo, y espero unos segundos a que la excitación aumente antes de seguir. De hecho, mi obra debería llamarse así, «El anzuelo», o algo parecido, pero, como dijo el poeta, la profundidad hay que esconderla en la superficie. Por eso me disfrazo y me muestro de cuerpo entero al momento

siguiente, casi sin transición, y no para matar un deseo que a nadie se le ocurriría venir a encubrir aquí, o así lo pensaba hasta que la excepción confirmó la regla. Si lo hago, si bailo y me contorsiono con un frenesí digno de quien ha perdido su mejor causa, es sobre todo para dar a entender que mi parlamento está vacío; son recuerdos como cadáveres salidos de un teatro de la crueldad que voy pisando sobre el escenario mientras preparo el ambiente para la acción. (En principio, incluso, pensé que llegaría a conseguirlo, a liquidar el asunto con sólo dramatizar un texto de mi propia invención, y hasta escribí una pequeña obra en un acto donde ensayé el prurito de la forma perfecta, imaginé un cuerpo de registro tan amplio que pudiera darse el lujo de la veracidad incluso en cada repetición, pero era demasiado pedir y abandoné el proyecto en favor de un lenguaje menos severo, donde los recuerdos no exigieran solución y algo venido del exterior tomara la escena, igual que en los sueños.)

La pornografía es mi aliada desde entonces, mi segunda patria. Lo compruebo apenas la máquina enciende sus ampollas rojas como la prótesis de una diosa ausente que gesticulara por intermedio de ella. Su prerrogativa es pasar adelante, montada sobre un riel pegado al piso que la transporta a lo largo de la pasarela, revestida de todos los encantos bajo el estallido de las luces y los entrañables compases de James Brown dando la bienvenida por los altoparlantes, retumbando sobre el auditorio con una carga percusiva, especialmente seleccionada para tensionar lo que se supone es una atmósfera de calor. La irrupción se acompaña siempre de un griterío poderoso, aunque las funciones de los jueves desmayan el truco en medio de la mermada clientela y nunca llegan al punto del arrebato. Mi público necesita tiempo que perder por delante. Los viernes es distinto; puedo intuirlo en la atmósfera de impaciencia que merodea en torno a la boletería apenas ingreso al callejón que da sobre el parque, y luego palparlo ya encarnado en

mi traje de Fantasma, cuando el gentío empuja sobre los costados para que el látex se infle y luego dispare su chorro sobre la piñata que cuelga del cielo de la pasarela. Es el minuto de gloria para todo espectáculo que se precie de tal. Si la presión es sostenida hasta ese límite, las poleas se traban y activan automáticamente la bolsa interior de la máquina, conectada al otro extremo por una delgada manguera de salida que dispara el líquido –una suerte de espeso té con leche que Raimundo se encarga de mantener denso– contra el globo de colores, pletórico de sorpresas en vaivén. Si el impacto es correcto, lo que ocurre no pocas veces, es decir, si el chorro logra dar en el blanco, la piñata se desfonda y deja caer sobre mi público todo tipo de adminículos: penes de goma, atizadores, vulvas de gelatina, porquerías que Asia encarga por internet y que sirven para que la fiesta continúe al amaño de los invitados.

Yo me resigno. El alegórico incendio final no es para mí. Cuando el caso se presenta, el conjunto ofrece un aspecto desarticulado y temible, como una manada de uros que se desprendieran de la piedra y de pronto cobraran vida en la caverna de la *boîte*. Pero se trata de un falso derroche: a un observador frío le bastaría seguir el hilo del relato para identificar aquellos momentos que acentúan el delirio y la consiguiente estampida, un tema que Raimundo domina a ojos cerrados mientras atiende a las inflexiones de mi voz.

—Vamos a la italiana –me grita desde la caseta de control, una hora antes del arranque y sólo para cerciorarse de que nada ha cambiado desde la última representación.

A la italiana quiere decir rápido, sin histrionismos, concentrado sólo en los pies de diálogo, que para el caso es siempre un monólogo.

—Listo –le digo, parado al centro y con la corbata todavía anudada al cuello–. Comienzo con la parte de Pedro de Valdivia, y de ahí seguimos hasta el Golpe.

Oigo un *okey* mordido tras la mesa de luz desde la cual él cree reinar sobre el mundo y me largo a pasar líneas, atropelladamente,

dando los pases necesarios para que se entienda mi recitado como un paneo, un viaje sinóptico sobre las islas de la memoria.

—Atento –anuncia Raimundo, y todo alrededor se extingue y ennegrece, tragado por el dimer, mientras a mi lado la máquina echa a andar con un sonido perforante, escalonado, y yo me quedo pensando que forzosamente ha de ser así, pues quien no sostenga una pauta de conducta reconocible en el tiempo nunca llegará lejos, menos aún en esta actividad. La regularidad es una condición del éxito, pienso, y oigo la voz de Raimundo en lo oscuro, como un cuerno llamando desde el fondo de la gruta: «*Sex ex machina!* Voy con el seguidor...»

Luz, mucha luz es lo que requiero entonces para seguir adelante. Escucho el clac de fondo y enseguida un forado enceguecedor cae en diagonal sobre la pasarela, inmovilizando el redondel donde exhibo mi oficio de relator. Durante un lapso relativamente breve avanzo a tientas y luego me encamino entre puntos fijos que guían la locución, mientras la máquina echa a andar a mis espaldas y su obscenidad crece como una muñeca que busca tomar el mando y dominar sobre la voz. Allí es cuando comienza propiamente la acción, porque lo mío es mostrar, mostrarlo todo, a la inversa de la historia y en perfecta sintonía con las necesidades propias del show. No hay engaño en esto, porque incluso el éxtasis, o sobre todo el éxtasis, exige ciertos actos de control y organización, alguien que se ponga en el rol. Es una pena que los más jóvenes apenas lo entiendan y algunos hasta se mofen a gritos, pero el mío es un espectáculo para gente con criterio formado, exclusivamente, le dije, y él se rió.

2.

No es seguro que hubiera sabido algo la primera vez que vino aquí, aunque descarto que al salir de la *boîte* lograra esquivar la casualidad. Era jueves, esto lo recuerdo bien porque la asistencia era tan escasa –no más de treinta, entre parejas aventureras y hombres y mujeres acodados sobre la barra del bar– que decidí no molestarme en desenfundar la máquina. Hice la rutina de reemplazo para conservar el interés, salvando la pirotecnia con ese toque de provocación solitaria que gusta tanto al momento del *strip*. Estaba en eso, simulando un cachón con las caderas tomadas hacia adelante y hacia atrás mientras el público comenzaba a rendirse a mi número, cuando topé de frente con una mirada neta y familiar, indesmentible. Parecía divertirse en grande, y de inmediato noté un toque ufano, desenfadado, que hacía claquear al vuelo su risa chisposa, casi oculta por el eterno mechón de pelo caído sobre la frente dominando su cara de guagua, de pómulos hinchados que ahora la gula o el matrimonio enlazaban a la vejez. Quizá la juerga influía también. Luego supe que la mujer que lo acompañaba era amiga y no esposa, y que juntos andaban de fuga por esa noche y ninguna más. Mi amor, le dije, le cerré un ojo como hago siempre cuando pido ayuda con el cordón del paño, y entonces ocurrió lo impensado, lo que me devolvió como un resorte sobre la

mueca de incomodidad que lo dibujaba en el recuerdo. Mi amor, repetí, y bajé dos peldaños de la pasarela creyendo todavía en la posibilidad de un despiste, una muestra incomprensible de pudor. Me incliné de costado con una genuflexión rápida para hacer más ostensible la súplica, pero él permaneció impertérrito, en el extremo de la experiencia o la ignorancia, la mano hipnotizada a centímetros de la nalga y una sonrisa boba, de niño distraído que buscaba adivinar el gesto adecuado para no caer en falta, mientras el público se enardecía gritándole tócalo, huevón, tócalo. Él miró a la mujer que lo acompañaba y ella hizo un gesto con los hombros, cautivada por la urgencia. Enseguida se animó e introdujo la mano girada sobre sí misma con un movimiento de muñeca inesperado, de modo que fuera su dorso el que secara la piel mientras ocultaba la palma contra el envés de la tela. La dejó dormir un instante allí dentro, enguantada, y luego deslizó una sobada mentirosa, raspando con los nudillos mientras colaba las yemas de los dedos a la zunga para rehuir el vértice. Lo dejé trabajar en medio de los alaridos que subían agolpados desde el borde del escenario, y entonces fue que lo hizo. Adelantó la otra mano y tras despejar el camino hormigueó con un soplo tendencioso y esquivo que viciaba la sangre bajo una máscara de elegancia exterior. No sé decir cuánto duró, pero me volví hacia él, incrédulo, y el baile cesó, interrumpido como si la máquina se hubiese trabado y un corte brusco cambiara el plano e interrumpiera la secuencia antes de retomarla en otro punto lejano. Fueron sólo segundos de vacilación, pero suficientes para descubrir que aquella caricia –una entre un millón de las que nacen y mueren al contacto de un segmento de piel contra otro– no pertenecía a la casualidad sino a la memoria, de pronto sustraída y paralogizada por la torcida delicadeza de la intromisión. Retrocedí, desorientado. Una de sus manos quedó en el aire pidiendo abrigo, estirada como la de un pordiosero bajo los insultos, mientras yo terminaba mi número

sin desvestirme del todo, agitando frenéticamente la melena para que las luces cortaran mis pensamientos y tiraran la cabeza lejos, sin atreverme a mirar dónde caía.

—¿Te volviste loco? Ni siquiera despediste la noche –me recriminó Raimundo cuando ya todo había acabado. Estábamos en el camarín y por el espejo alcanzaba a distinguir su desconcierto mientras yo fumaba sentado en la silla, seco y duchado, listo para irme con mi bolso de Fantasma colgado del hombro–. Tuve que poner un video para calmarlos –me refregó.

—Imagino que funcionó... –dije, sabiendo que con Asia el control de calidad estaba asegurado. Sus adolescentes en ropa interior provocaban éxtasis galopantes en lo que concernía a la continuidad, y constituían un recurso óptimo para cubrir cualquier eventualidad en tanto no bajara el telón. Consecuente con el precio que ella pedía por los videos, Raimundo racionaba las dosis como gotas de agua en el desierto.

—Claro que resultó, pero a la otra avisas –seguía irritado–. No se puede salir disparado así, la gente paga por ver la función completa.

—Me distraje, no es más que eso, compañero –le dije, soltando el humo sobre el reflejo crudo de las ampolletas que enmarcaban el espejo. Me había dejado la toalla alrededor del cuello para aliviar la tensión, como un boxeador abatido por el *round* de trasnoche, y procuré ser amable para que abandonara su rol de administrador–. No va a volver a pasar, lo prometo.

—Habrá que ensayar la parte final –convino Raimundo, dejando caer lentamente su hostilidad.

—Tú mandas, mi viejo.

—No me tomes el pelo –se rió, al fin en su lugar–. Aquí el único jefe es Peter.

—El Gran Peter –le recordé–. Que no te vean escupiendo la mano que te da de comer.

Se hizo un silencio incómodo en medio del cual Raimundo bajó la vista y relinchó con las suelas como si trazara un mapa en la baldosa antes de despedirse. Luego adelantó unos pasos, recogió la linterna del mueble donde se guardaban los disfraces y, tímidamente, con una mansedumbre que sólo despertaba en ocasiones tan propicias como la de aquella noche, se aclaró la garganta cuando ya se disponía a salir.

—Asia quiere mostrarte unos materiales –informó, sin ocultar la molestia–. No dejes de llamarla.

—Esa chica te tiene loco –le dije, clavando la mofa–. Deberías cuidarte.

—Y tú trata de no salir corriendo cuando te toquen el culo –me lanzó de través–. La gente viene a eso.

—Al contrario, Raimundo –respondí, no ofendido sino pedagógicamente, levantando la quijada para darle jerarquía a mi proposición–: la gente me toca el culo porque quiere saber lo que pasó. Esa es toda la cuestión.

—¿Ah, sí? –tenía la puerta cogida de la manilla.

—Sí, y acuérdate de que aquí el que da clases soy yo –rematé, con una pizca de autoridad, sólo para conminarlo a cerrar despacio al salir.